

© Ediciones DIQUESÍ
© de la autora: Dolores Llatas
Ilustraciones: Golyperia
Edición: María J. Gómez
Diseño: Golyperia



novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-121529-1-3

Depósito Legal: M-26344-2020

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2020

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

Sara
y el misterio del mejor
mago del mundo

Lola Llatas



Prólogo

Aquí sigo, pasando el curso en casa de mis tíos y recién llegada del campamento en Río Margarita con Adela, mi prima, mi compañera de aventuras, mi camarada, mi mejor amiga y mi inseparable. Ni los cuatro años que me lleva por delante impiden que seamos las mejores confidentes del mundo. Ya se dice que “Dios las cría y ellas se juntan”, ¿no? Pues a nosotras nos ha juntado con el lazo profundo e irrompible que usa para hacer primas.

¡Cuánto tengo que aprender de ella! ¡Qué temple tiene y qué tranquila se queda ante la adversidad más tremenda!

Pero no he venido a hablarte de lo bien sincronizada que estoy con mi prima y de lo mucho que nos parecemos, no. He venido a contarte otro misterio. ¡Sí, otro! Como sigamos así va a llegar un momento en el que se me van a solapar.

Resulta que siempre me han fascinado los ilusionistas. ¿Cómo son capaces de sacar un conejo de una chistera? ¿Son chisteras especiales o conejos especiales? ¿Qué hacen para partir a una persona en tres y después volver a pegarla en el mismo orden, dejándola tan contenta?

¡Y encima con un serrucho! Si todavía fuera con una espada láser...

Mira que yo soy muy de presentarme voluntaria a todo por mi afán de vivir nuevas experiencias, pero a eso no me presto ni en pintura ni en escritura. Además, llevo tantas experiencias a mis espaldas desde que me dedico a investigar que yo creo que ya voy bien, ya.

¿Y esa capacidad que tienen los magos para tragarse cientos de metros de pañuelos con la nariz y las orejas? También me ha traído siempre loca, como niña y como detective que soy.

Así que, cuando tuve que enfrentarme a este misterio tan misterioso, enseguida supe que tendría que hacer uso de todas mis dotes como investigadora de lo raro.

Lo malo es que esta aventura sucedió en una feria, y las atracciones y yo no nos llevamos nada bien. No me hace ni pizca de gracia ir montada en un cochecito, por muchos colores que lleve, circulando más deprisa que la velocidad de la luz y rompiendo la barrera del sonido. ¡No es natural! Me refiero a la montaña rusa o el tren de la bruja. No lo quiero ni pensar.

No digo más, que me mareo de nuevo, y os cuento cómo descubrí el secreto del mejor

magó del mundo



El premio

Esta historia comienza con una alegría: ¡íbamos a recibir un premio Ufo, mi prima Adela y yo!

¡Un premio! ¡Menudo honor!

Resulta que la Asociación de Amigos de los Ovnis de la que Ufo era miembro quería darnos las gracias por haber evitado que los gusanos extraterrestres gobernaran la tierra y nos hicieran sus esclavos.

Todo un detalle.

¿Que no sabes de qué te hablo? Pues de mi segundo caso, el de *Sara y el misterio de los profesores extraterrestres*, ¿de qué si no?

Una no salva el mundo para que te pongan una medalla ni nada por el estilo, que lo hicimos dejándonos llevar por el momento, a lo que salía. De hecho, he de confesar que si llego a poder escaparme, ni mundo ni planeta ni nada de nada, que me las hubiera pirado sin esperar a ver qué pasaba. Pero está bien que tengan ese detalle. Me entran más ganas de salvar lo que sea si hay gente así de agradecida.

Cuando llegué con Adela del campamento, exhausta de remar y de cargar con la mochila de mi prima, y vi la carta con la invitación para la entrega

de premios, no cupe en mí de alegría incontrolable. Se me escapaba la risa allá por donde iba.

¡Un premio de una asociación de ovnis!
¿Qué sería lo próximo? ¿Un Oscar? ¿El Nobel de Física? ¿Un diploma de ajedrez?

¡Qué inocente soy! Debí olerme que algo estaba a punto de suceder, porque todas mis aventuras comienzan en realidad con un suceso muy feliz que me tiene que no me aguanto en mí misma y después... ¡zaca! ¡Enigma al canto! Y si mis misterios se resolvieran sentadita en mi escritorio como quien monta un puzle, yo, sin problemas; pero es que son todos de correr y sudar la gota gorda.

Bueno, sigo con lo de la entrega de premios:

Yo estaba dispuesta a proclamarlo a diestro y siniestro, pero *Adela*, que es muy humilde y mejor persona, me detuvo cuando ya estaba con los brazos en cruz en el balcón de casa de mis tíos tomando aire para chillarlo a pleno pulmón.

—Ni se te ocurra, Sara —me dijo todo lo sería que se pone cuando se pone sería—. Como alguien se entere de que voy contigo a la asociación esa de marcianos, convengo a mis padres para que me internen en un colegio en Suiza.

Recuerdo que me volví hacia ella cerrando bien la boca para que no se escaparan los tres kilos de aire que llevaba en el cuerpo y la miré con cara rara.

—Voy por acompañarte, tía —me dijo—, que no quiero darle un disgusto a *Ufo* cuando me espere y no me vea aparecer, pero por lo que al resto del mundo respecta, esto es secreto de alto estado.

Yo dejé salir el aire de los pulmones poco a poco, soplando. Tenía toda la razón del mundo. Una detective misteriosa no puede chillar sus casos por muchos premios que le den. Una detective agarra los premios, los agradece, los guarda en el estante de los trofeos y toma fuerzas para el próximo caso. Seguro que si lo busco, incluso existe un juramento que nos impide revelar datos de nuestros clientes y nuestros misterios, como los médicos, los abogados o los que venden golosinas.



Me puse mis mejores galas, que eran un pantalón de pana y una blusa a juego con una chaquetita muy mona, y Adela se puso las mejores galas de todo el mundo, porque la verdad es que más guapa no podía estar.

¡ole mi prima!



Mi pana se quedaba en nada al lado de sus mallas, sus botines y la sudadera larga. Olía a rosas recién regadas en un día de primavera en un monte húngaro y llevaba unos pendientes que a mí me emocionaban de lo bonitos que eran.

A Adela, a estilo y otras cosas no la ganaba nadie.

Bajamos a la calle y fuimos hacia donde debíamos encontrarnos con Ufo, que nos esperaba leyendo un libro. Sus galas se parecían mucho a sus vaqueros de siempre y a la chaqueta militar que le conocía de memoria. Era muy fiel a sí mismo.



—Hola, Sara —dijo al vernos llegar.

Y después suspiró, se dirigió a Adela y la miró más serio, seguramente fascinado por su olor a rosas húngaras.

—Adela —dijo alargando las sílabas.

Y mi prima contestó levantando el cuello y balanceando ligeramente los pendientes:

—Hugo.

Ojalá algún día alguien me dijera un “Sara” tan alargado como ese.

—Hola, Ufo —dije yo, intentando ponerme serio sin conseguirlo. Tenía muchas ganas de verlo y se me notaban. Salvar al mundo une mucho, y lo del premio es que me tenía contentísima.

—Gracias por aceptar la invitación —nos dijo—. Somos un pequeño grupo, no creáis, todos interesados por el fenómeno ovni y, bueno, el profesor Polea se ha unido a nosotros desde lo de los gusanos. Está “como Pedro por su casa”. Tendríais que verlo. Nos llama “hermanos” y todo. Como no teníamos presidente, ahora es el presidente, el vicepresidente y el que pega los carteles. Lo del premio también se le ocurrió a él, y los demás votamos favorablemente.

Echamos a andar y Adela caminaba más tiesa que de costumbre. Meneaba los brazos acompasados con las piernas y nos miraba de reojo, moviendo el pelo.

Menudo compás.

Ufo caminaba a mi lado y, mientras no perdía de vista a mi prima por si le daba un manotazo con el vaivén que llevaba, me preguntó por el campamento. Yo tampoco podía dejar de observar los movimientos

de Adela. Si se le escapaba la mano, igual nos sacaba un ojo. ¿Se encontraría bien?

—¿Qué tal el campamento? —nos preguntó.

Y yo de recordarlo me cansé de nuevo. ¡Si él supiera...! Tener que lidiar con el misterio del muñeco maldito y aprender a montar una tienda de campaña fue demasiado para mí.

—Ya ves —contestó Adela, adelantándose—. Muy bonito todo: el laguito, los abetos, el anciano con la escopeta, la cabaña maldita, los niños que querían atacarnos... Como para volver todos los años.

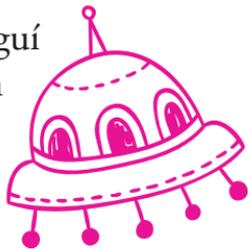
Ufo me miró frunciendo el ceño, y cuando iba a decirle que tampoco era para tanto, que la comida había valido la pena, el **profesor Polea** corrió por la acera y acudió a nuestro encuentro:

—¡Pero si son mi equipo de exterminio de extraterrestres! —gritó, abrazándonos a todos.

A mí me hizo mucha ilusión. Ufo parecía resignado y Adela se intentaba zafar del abrazo mientras se cubría la cabeza con la chaqueta para que los que pasaban por nuestro lado no la reconocieran.

—*Pero, bueno, señor Polea, ¿de qué me habla?* —decía mi prima—. ¿No me habrá usted confundido con otra persona? ¿Otra chica llamada Adela que le ha ayudado a algo de lo que yo no tengo ni idea?

Adela logró escabullirse, pero yo seguí pegada a los otros. Me sentía muy bien avanzando como una piña hacia la planta baja en la que se reunían los amigos de los ovnis, que era un local del ayunta-



miento en el que a veces ensayaban grupos locales y cuyas paredes estaban revestidas con hueveras de cartón.

No podía estar más feliz.

Me encontraba en mi Valencia querida, debían de ser las cinco de la tarde, había una brisa muy buena y se veían las luces de la feria que ya estaba montada en el cauce del río, con la noria controlándolo todo y los gritos lejanos de los que se montaban en las atracciones más peligrosas.

Qué ingenua fui al pensar que en nada estaría en casa y podría cenar hervido y san jacobos.



La voz del **profesor Polea** retumbaba entre las hueveras de cartón de la sala. Habría unos veinte jóvenes, todos con pinta de universitarios, y yo me sentía un poco fuera de lugar. Esperaba que no se pusieran a hablar de cosas muy técnicas, porque se descubriría enseguida que todavía no tenía el título oficial de detective. Me moriría de la vergüenza si llegara a saberse. Me tocaría devolver el premio. ¡Me harían incluso devolver la invitación, con el cariño que le había tomado y todo!

—Hermanos, solo pudimos contar con nosotros mismos, con nuestra valentía y nuestras ganas de salvar el mundo. Porque, cuando pasa algo tan gordo,

uno tiene que estar a lo que tiene que estar, hermanos —decía nuestro profesor, que nada tenía que ver con el señor con cara de susto que corría con nosotros de un lado a otro de la ciudad hacía menos de un mes. Y continuó—: Hermanos, yo me sé de unos gusanos verdes que nunca más van a atreverse a acercarse por aquí. ¡En este planeta no están permitidos los bichos que echan mocos fluorescentes!

Todos comenzamos a aplaudir, porque lo que acababa de decir era una verdad como un templo, y como vi que llegaba el momento de que nos llamaran por nuestro nombre para darnos las condecoraciones, comencé a ponerme roja como un tomate.

Qué apuro.

El que lo pasa, lo sabe.

Y cuanto más me concentraba en no ponerme roja, más roja me ponía. Debía de estar de un color rojo oscuro muy llamativo.

Se me empañaron las gafas, también.

—Hermanos, es hora de recibir a los héroes de la nación y del mundo...

Me lo temía.

—... a las personas que antepusieron sus deberes a sus propios intereses, porque en esos momentos lo único que les interesaba era cumplir con sus deberes con mucho interés...

¿Qué era lo que acababa de decir? A ver si no íbamos a ser nosotros.

—... ¡Sara Pérez, Adela Pérez
y nuestro Hugo!

 ¡nosotros!

Ufffff, qué nervioooooos...

Me puse en pie la mar de contenta y Ufo tuvo que guiarme hacia donde estaba el atril desde el que hablaba el señor Polea, porque no veía con las gafas empañadas. Adela iba un poco enfadada porque había dicho su nombre real y no el de Esmeralda Riduejo, que se había inventado para mantener su anonimato.

Y el señor Polea, tan serio como serio se tiene que estar al entregar un premio tan importante, anunció:

—Os hacemos entrega de estos galardones en nombre de los presidentes de todas las naciones, que no han podido venir porque no nos responden al teléfono, y de los ciudadanos de todo el planeta que menos mal que no han venido, porque si no, no cabríamos.

¡qué honor más grande!

¡qué emoción!

¡qué bonito es ganarse algo a pulso!

Nos dieron un sobre y una medalla que me colgué al cuello inmediatamente y juré, aunque era tan grande que hacía que se me desplazara la cabeza para adelante, que no me quitaría ni en el día de mi boda.

—Gracias, gracias, gracias —dije sin cesar.

Podría acostumbrarme a la fama.

—Sara —me dijo Ufo—, ya puedes parar. La madre del vicesecretario segundo, el señor Polea, ha traído unas empanadillas para celebrarlo y aquí ya no queda nadie. Se han ido todos a comérselas.

Vaya, el señor Polea era multiusos.

Me limpié las gafas y vi que, efectivamente, había estado dando las gracias a los abrigos de la gente apoyados en las sillas vacías, pero me dio igual.

Tenía una medalla.

“Salvadores del mundo del año”, decía. Y tenía impreso un gusano verde con las manos en alto que huía en una nave espacial. Muy adecuado. A ver si había suerte y ganaba también el premio el próximo año.

Adela, a nuestro lado, había rasgado el sobre e inspeccionaba el contenido.



—*No me lo puedo creer*—dijo—.

¿Salvas el mundo y te dan un vale de veinte euros para la feria? Si lo llego a saber, dejo que nos esclavicen. Seguro que el Premio al Esclavo Más Trabajador era menos cutre que este.

Yo abrí los ojos de par en par.

¡Veinte eurazos para la feriaza! Esta gente sabía lo que se hacía.

—Pues está muy bien—dijo Ufo, molesto con mi prima—. Todo un detalle, que cada socio ha puesto dinero de su bolsillo para adquirirlos.

Qué miradas se echaban esos dos. Si es que ya lo dicen por ahí, que “los que se pelean, se desean”.

—Vamos, el detalle de los detalles. El rey de los detalles más detallistas—dijo Adela.

—*Es una pasada*—dije yo—. Además, con la medalla de oro macizo han tirado la casa por la ventana.

—Pues yo pienso disfrutar mi vale —replicó el chico—, que creo que me lo merezco. ¿Te vienes, Sara?

Y ahí es donde yo, lista como soy, debería haberme parado a pensar que si iba con Ufo a algún lado era porque algo nos tenía que pasar, pero como tenía la mente y la atención puestas en los amigos del ovni y en lo rápido que se zampaban las bandejas de salado, pues asentí como pude.

—Es que, si me insistes tanto, yo también tendré que ir —saltó Adela—. No seas pesado.

Me adelanté para ver si quedaban empanadillas, que no quería hacerles un feo e irme sin probarlas. Tuve que abrirme paso a codazos entre aquellos chicos que debían estar ya, por lo menos, en primero de universidad. Madre mía, el hambre que traían para tratarse de gente ya mayor de edad. Me los imaginaba a todos viviendo en sus pisos de lujo universitarios y conduciendo sus deportivos.

Podrían haber dejado alguna empanadilla



El parque de atracciones

Antes de continuar con la historia, que no ha hecho más que empezar, he de confesar que me dan pavor las atracciones de la feria.

Sí, soy humana. Tengo mis defectos y mis virtudes. Me duele si me pellizcan y me destapo si hace calor. Muy humana.

Y lo de las atracciones es algo que me supera.

Solo de ver a la gente montada en los cochecitos y volando por los aires, me mareo. Soy de las que grita “¡Inconscientes, que la vida no crece en los árboles!” cuando veo que la gente levanta los brazos en las caídas en picado.

Bueno, a decir verdad, soy la única que lo hago.

También digo cosas como: “¡Ay, que os la pegáis!”.

Soy incapaz de montarme en un bicho de esos. Se me junta todo: la altura, la velocidad y el tocino.

Creo sinceramente que si estuviéramos diseñados para dar vueltas en la montaña rusa mientras se nos pone la cabeza del revés, habríamos nacido con un botón o algún tipo de control que lo permitiera. Estaría en el ombligo, lo pulsaríamos y ya está, a dar vueltas. Pero no lo tenemos.